

*Yo, Carmen Arredondo
Primeros años de mi vida*

Y otras historias

MARÍA RUTILA CARMEN ARREDONDO REYES

Índice

Parte primera. Yo, Carmen Arredondo.....	3
Parte segunda. Diez historias de mi niñez	6
Parte tercera. Otras historias de mi vida	14
Parte cuarta. Mi vida	21
Capítulo 1: Mi tío Antonio	22
Capítulo 2: El padrastro	27
Capítulo 3: El baile y Enrique.....	31
Capítulo 4: Mi embarazo y parto.....	38
Capítulo 5: El tribunal y el rapto	43
Capítulo 6: De regreso al tribunal y la correccional	51
Epílogo	59
Conclusión	60

Parte primera. Yo, Carmen
Arredondo

I

Yo soy una persona que casi nunca piensa el mañana. A veces son sueños despierta que alejo de mi mente y trato de dormir.

II

Yo estoy consciente en saber llevar mi pobreza. Habemos mujeres que nos dominan tanto y que abusan de nuestra debilidad y de esa manera disponen de nuestra vida.

III

Me siento como que la vida yo veo la vida a mi modo. Amo la vida. Para mí es ganancia lo que estoy viviendo con mis compañeras. Para mí todas son muy buenas compañeras. Yo desde niña siempre he sido educada. Yo le doy gracias a la vida porque valoro mucho porque estoy viviendo una vida hermosa aquí en esta casa porque mi señor Dios me lo da todo, porque me da todo, principalmente la vida y lo que estoy viviendo.

IV

Para mí, la muerte, yo pienso que es según nuestras enfermedades, que no tengamos remedio y nos lleve a la muerte. Y, como yo soy católica, creo que también la voluntad de mi padre Dios, me ayuda. Eso es lo que creo.

V

Yo, María Reyes, explico las vivencias que vivo aquí en el asilo. Yo soy muy feliz porque nos llevan a mucho paseos hermosos. Hace poco nos llevaron a una hacienda que se llama Panoaya, donde vivió Sor Juana. Pasamos un día maravilloso, con muchas diversiones y muy hermosas.

Parte segunda. Diez historias de mi
niñez

I

Su servidora, María Reyes, narro mis travesuras de mi niñez...

II

Siesta en una alfombra

Yo recuerdo que llegué con la señora Flora a la Colonia Roma, yo recuerdo que tendría seis o siete años, pero recuerdo muy bien que era las Calles de Londres. No recuerdo cuánto tiempo estuve en esa casa porque, de momento, me llevaron a un departamento que está, me parece, que está en la calle de Guatemala, atrás de la Catedral. Me parece que era familia de la señora Flora, y me quedé ahí en esa casa.

Son departamentos muy grandes, porque todavía está ese edificio. Me recuerdo que la estancia era muy grande; eran alfombras muy grandes. Entonces yo vi que la quitaron y la subieron a la azotea y me dijeron: “vas a lavar la alfombra”. Me dejaron un cepillo y jabón y me dejaron en la azotea. Fui y cerré por dentro y me acosté a dormir; me dio frío y me enredé en ella y me dormí y no abrí hasta en la tarde.

III

Jarritos de pulque

Escribo esta vivencia de mi infancia. Yo tendría como ocho años y me había adoptado un hermano de mi papá. Primero vivíamos en un campamento que era de Ferrocarriles. Cuando mi tío me adoptó, él había hecho sus cuartos de madera con la madera de los carros del tren. Pero Ferrocarriles decidió quitarles el terreno, entonces tuvo que buscar una vivienda para cambiarnos. Encontró una vivienda en Calle de Geranio. Era una vecindad. Pero, de repente, ya andaban buscando vivienda. Encontraron en Calle de Azucena, en la misma Colonia Guerrero, porque era más grande: tenía dos cuartos, su cocina, puerta a calle y puerta al patio.

Un día vi llegar unos cueros de pulque que empezó a vender mi tío; en jarros, vendía el pulque. Empezaron a llegar señores a tomar pulque. Yo estaba debajo de la cama, viendo, a ver qué pasaba. Estuvieron platicando, entonces, empezaron a salir. Me salí de debajo de la cama, entonces empecé a probar lo que

quedaba en el jarro y me gustó, entonces me empecé a tomar todo lo que quedó en los jarros. Entonces empezaron a ver que no estaba yo. “¿Dónde está Carmen?”, me empezaron a buscar. Yo estaba oyendo, pero no contestaba.

IV

Machincuepas

Tenía como nueve años de edad pero era muy inquieta. Ya tenía que hacer mis tortillas y no se levantaban y vivíamos en las Calles de Azucena de la Colonia Guerrero. Me salía y caminaba a las Calles de Nonoalco; había un camellón en medio de la calzada que ahora es Tlatelolco, y me iba haciendo ‘machincuepas’ hasta llegar a las Calles de Lerdo. Ahí en las Calles de Lerdo, ahí ya no hacía ‘machincuepas’ porque me iba corriendo a la Iglesia de Los Ángeles que todavía existe. Me dirigía al confesionario para saludar al padre y decirle mis pecados. Me decía: “dime, hija, tus pecados”; “confieso, padre, que soy muy grosera con mi madrina, confieso padre, que soy muy grosera, confieso padre...” y repetía lo mismo, dos, tres veces. A veces se enojaba el padre y me decía: “ya vete”, bien enojado. Y me salía de la

iglesia a repetir el mismo sistema de las 'machincuepas'.

V

Electrocutada

Yo tendría como diez años y vivía con una hermana de mi papá. Me pidió prestada con mi tío Antonio, que era su hermana, porque ella iba a dar a luz a un bebé, para que la acompañara y no se quedara sola.

Yo nunca me había bañado en una tina de lámina; se calentaba con un calentador, pero yo no sabía cómo. Entonces me dijo: "yo ya te dejé el calentador en la tina para que te bañes", y ella se salió y me dejó sola. Entonces yo me metí a la tina con todo y calentador y sentí que jalaban muy fuerte. No recuerdo cómo yo me salí de la tina y me salvé de morir electrocutada.

VI

Tambor y chapopote

Lo que pasó en mi niñez, tenía yo como diez años... En ese entonces yo vivía con un hermano de mi papá -mi tío Antonio- que se acababa de separar de su esposa. Entonces me prestó con una hermana de mi papá. Entonces

me dijo mi tía: “nos vamos a cambiar, junto al salón de baile Los Ángeles”. Entonces empezamos a acarrear las cosas; a mí me tocó cargar el tambor de la cama, yo me lo cargaba en la cabeza desde donde vivíamos, en Insurgentes y la Calle de San Simón, Colonia Guerrero, hasta la Calle de Lerdo. Me iba cargando el tambor pero antes pasaba por donde estaba el taller de las máquinas donde salía chapopote y, como andaba descalza, me gustaba meter los pies en el chapopote caliente. Para mí era un gusto muy grato y así era yo muy feliz.

VII

La cigüeña

Cuando tenía once años de edad, mi mamá iba a tener un bebé, y me mandó a buscar a la partera en la colonia 20 de Noviembre. Me llevé a una amiguita conmigo para que me acompañara a buscar a la partera. Pero como estaba lloviendo, andábamos jugando con el agua que se juntaba en el suelo. Nos aventábamos el agua y corríamos. Y cuando llegamos a donde vivía la partera, ya no estaba. Tuvimos que regresar sin la partera y ya había

nacido el niño, pero lo que más me dolía era no haber visto a la cigüeña.

VIII

Arturo de Córdoba

Pero entonces, el niño que había nacido de mi mamá, como al mes de nacido le preparaba una botella de refresco, su leche con avena, y me lo llevaba al cine. En una de esas veces, en las películas de Arturo de Córdoba, yo quería romper la pantalla para decirle que yo estaba enamorada de él. Pero yo no sabía qué era el amor.

IX

Canal y flores

Había veces que, cuando pensaba, me iba al Canal de Santa Anita, parece que era delegación Iztacalco, y me subía a las trajineras donde vendían flores y legumbres. No me acuerdo cómo me dejaban subir, pero me acuerdo que me acostaba en la trajinera llena de flores. Me llenaba la cabeza de flores moraditas, chiquitas. Me gustaba estar llena de flores. No recuerdo si les pagaba o no les pagaba, o si me costaba o no. Yo me sentía muy feliz, viviendo mi niñez.

Yo sabía que de seguro mi mamá me iba a pescar con la riata porque había dejado a mis hermanitos solos, Remedios y Vicente.

Recuerdo que, cuando regresaba a casa, ya había regresado mi mamá y ya estaba preparada con una riata para pegarme. Y entonces, cuando me estaba pegando, yo le decía: “¡pégame más!, al cabo que ni me duele...¡pégame más!”. Claro, sí me dolía, pero yo decía que no para hacerla enojar más.

X

El ‘huerfanito’

En ese tiempo anunciaban las luchas o el box en cartelones que pegaban en un bastidor. Yo arrancaba los anuncios y los doblaba muy bien; me iba de la banqueta de enfrente al correo, la banqueta que da a Bellas Artes, e iba pregonando, “¡lleve su huerfanito!”. Que según yo iba vendiendo billetes de lotería. Entonces se acercaba un señor, me decía, “a ver, niña”. Entonces descubría que no eran billetes de lotería. Se enojaban y me decían “¡escuincla canija!”. Yo me reí a carcajadas al ver que los había engañado.

Parte tercera. Otras historias de mi
vida

I

Waikiki

Mi primer pareja fue el papá de mi hijo. Después viví una etapa muy difícil. Él no sabía trabajar en nada. A veces cantaba en los cafés con otros tres amigos con que conseguían dinero cantando. Otras veces era el que cargaba los instrumentos de los músicos que tocaban en un cabaret o, a veces, trabajaba en un billar.

Apenas y le alcanzaba para un cuarto y para comer y así vivimos. Según era amor, pero ahora comprendo que era pasajero.

II

Caída con nieta

Yo, María, esta cicatriz que tengo cerca del codo me la hice al caer de la azotea con mi nieta Catalina. Yo me había subido a tender baberos blancos al sol cuando sentí que estaba cerca de mí. Volteo, ¡y era mi nieta! Y ella se asustó y corrió. Se iba al vacío y corrí a alcanzarla y la pesqué casi en el aire y la abracé y nos fuimos al vacío. Ella nomás un chipote en su cabeza y

yo me rompí el brazo que duré sin trabajar ocho meses.

III

Me vestían...

Este relato es tocante a la ropa. La ropa que quiero mucho son ropa y zapatos que aún tengo conmigo y que cuido mucho. Es ropa que la familia de mi esposo, el papá de mi hijo, me dio. Tienen como 30 años, que me la regalaron. Me la mandaban a hacer porque ellos me decían: “tía, ¿vienes a ayudar?”, porque tenían un restaurante chiquito y yo me iba a ayudarles; a veces me decía: “¿tía, me vienes a hacer mi departamento?” Y todo decía que sí. Yo me granjeaba mucho con la familia.

IV

La policía

Yo me acuerdo que vivía con mi pareja, Antonio, en un hotel. Llegó la policía a catear el cuarto. Yo no me asusté, ‘el que nada debe, nada teme’, así que ¿por qué asustarme? Yo acababa de bañar a mi niño y lo tenía en la cama secándolo. Lo vio el comandante y me dijo: “donde encuentre eso que busco... ¡porque le quito al

niño!” Voltearon todo y no encontraron nada. Y, ya que se fueron, levanté el buró de mi pareja: abajo del buró tenía unas joyas... robadas. Hasta ese momento me di cuenta que era un ladrón. Para mí, fue un regalo de Dios que no se hayan llevado a mi hijo.

V

Camino a Matamoros

Sin pensar en nada, me llevaba a mi hijo, tendría como siete años. Yo tenía una amiga en Matamoros. Yo no tenía dinero para comer en el camino. En el tren, un señor nos invitó un pedazo de pollo, pero ese señor me agarró las piernas. Mi hijo le aventó su pedazo de pollo.

VI

Ladrones

Yo cuando viajaba en el trolebús, yo lo tomaba en Flores Magón y me bajaba en la esquina de Santa Veracruz y Santa María la Redonda, porque trabajaba en un Café. A la hora de bajarme suben los hombres que roban; me habían abierto la bolsa y quedaban las medias colgando. Y les decía: “ya, cabrones, dejen de esculcarme”. Y, cuando me bajaba, les decía:

“¡pendejos!, yo traigo el monedero en la mano”,
y se reían los pasajeros.

VII

Enojos

Un enojo fueron tres: cuando yo me enojé con mi pareja, Antonio, la primera vez que me dejó bien tomada en Atizapán de Zaragoza. Pero empezó a darme de tomar desde que íbamos al paseo en el camión; yo no quería, le dije que no había desayunado, “se me va a subir”, “no te va a pasar nada”. Cuando bajamos del camión ya iba yo mareada. Nos metimos a un balneario porque llevábamos a mi nieto. Mi nieto empezó: “¡ya vámonos, ya me quiero ir!”, así que Antonio me dejó.

Yo apenas me sostenía de tomada. No quería usar mi billete de 50 pesos porque pensé: “si se lo doy al chófer, no me va a regresar nada de cambio” y lo cambié como pude. Me subí a un camión y le di una moneda de 10 pesos al chófer y, como pensé, no me dio nada de cambio. Llegando a la casa le empecé a reclamar y me agarraba las manos. En medio de todo me soltó

la mano y me quité un zapato y le di un taconazo en la cabeza. Le sangró mucho.

La otra vez que le sangró mucho fue cuando agarró a mi mamá y la zarandó muy fuerte. Me perdí y le pegué mucho con una plancha porque me dio mucho coraje.

VIII

Mi hijo, Luis

Les platico cómo llevé a mi hijo al alcoholismo, por amarlo tanto. Yo lo mantenía a él y a su familia, pero yo le daba todo. Porque, cuando era un niño de siete años, él me ayudaba. Yo era portera de un edificio en Calle de Río Elba, en la colonia Cuauhtémoc; yo limpiaba el edificio. Enfrente, hacía otro edificio. Mi hijo limpiaba coches. Y me iba a ver al edificio de enfrente para decirme: “Mamá, ya me gané tres pesos”, “vete al mercado a comprar la masa y la mantequilla para que le hagas sus tortillas a Chevo”. Como le había dado embolia, no podía comer tortillas, las desmoronaba para que pudiera comer. Era la mamá de mi pareja, pero él ni siquiera se acordaba que existía su mamá.

IX

De viaje con Enrique

Mi época más feliz fue cuando me casé con el papá de mi hijo, que era Enrique, que me complacía en todo. Me paseaba mucho; me llevaba a Veracruz, a Morelia, a Tuxpan, Veracruz, a Cancún, a Puerto Vallarta y a otras playas que ya no recuerdo. Él fue el único que me compró mis muebles para la casa. Y le sugirió su hija que tuvo con una señora con la que estuvo todo el tiempo que yo lo dejé, que fincara en su terreno de ella para que viviéramos y me hiciera unos cuartos. Y así lo hizo.

Parte cuarta. Mi vida

Capítulo 1: Mi tío Antonio

I

Que yo recuerdo, quedé huérfana de mi padre. Tenía cinco años, era una niña. No sentí nada de su muerte, pero cuando murió dejó a mi mamá; éramos tres hermanos, yo de mujer y dos hombres. A los niños se los llevó un hermano de mi papá: uno tenía tres años, el otro, año y medio. Y yo de mujer quedé de criadita con una amiga de mi mamá, de un tiempo. No recuerdo cuánto tiempo me tuvo en su casa. En seguida mi mamá me entrega a otra familia; con ésa estuve en calle de Londres. No recuerdo cuánto tiempo estuve en esa casa. Luego, esa familia me entregó yo creo que con alguien que era familiar suyo, en la calle de Guatemala, Centro. No recuerdo cuánto tiempo estuve con esa familia. Poco después me mandaron con la hija de la señora donde estaba, a calle de Academia, en el centro.

II

Me entregaron con mi mamá. Recuerdo que mi mamá me llevó a la casa de la familia de una hermanita mía que no conocía. A la niña, de

ocho meses, la cuidaba una hermana de su papá, porque mi mamá trabajaba de nodriza y no tenía casa.

Pero entonces que un hermano de mi papá lo supo, dijo que yo no tenía que estar con esa familia, que no era nada mío y me llevó a su casa. Estaba en un campamento que estaba en Nonoalco, que era de ferrocarriles de Buenavista.

III

Mi tío tenía tres hijos que mantener y era alcohólico. Para su mala suerte, llegué. Y mi tío ganaba nada más \$350; era cambiador de vías. Para acabarla de amolar le quitaron el predio donde había hecho su jacal. Por lo cual tuvo que buscar una vivienda en la calle de Geranio, colonia Guerrero en la cual vivimos un tiempo, luego nos cambiamos a otra vecindad que estaba en la calle Azucena en la misma colonia de Guerrero. En esa vivienda, mi tío vendía pulque, según él decía que para ayudarse. Le quitaban los cueros, al pulque. Él se volvió más alcohólico.

IV

En la familia teníamos muy poca alimentación. Mientras yo tenía siete, ocho años de edad, mi tía, mi madrina me mandaba a la escuela. Pero yo tenía que desempeñar mi quehacer en la casa. Me levantaba a las seis de la mañana; tenía que lavar el nixtamal para llevarlo al molino a molerlo y tenía que hacer las tortillas. Tres kilos, se hacía, de tortillas con carbón de piedra y encino. También ponía a cocer los frijoles. Pero yo me ponía a comer mis tacos de frijoles. A pesar de la pobreza, era yo feliz.

V

Pero entonces, con mis tíos, se iban otros a la pulquería a tomar ellos. Se enamoró, mi tía, de otro hombre, sólo que le gustó. Mi tío tenía que entrar a trabajar a las once de la noche. Los dos regresaban a la casa. Mi tío se iba a trabajar entonces. Mi tía le decía a mi tío que había tirado el dinero en el llano frente a la pulquería. Entonces mi tío le decía: “llévate a Carmen, para que te acompañe para buscar tu dinero”. Pero no era cierto: se metía a un camión con el hombre que los acompañaba a la pulquería. Y yo, sentada en la escalera para subir al camión,

y yo, oyendo. Después que eso pasó, mi tía salió embarazada. Mi tío pensaba que era de él. Pero yo me hice grosera con ella, pero yo tenía algo de rencor con ella.

VI

Pasó el tiempo y vino el niño. Yo creo que tuvo mi tía un altercado con la que iba a tomar el pulque; esa señora, Juana, le dijo a mi tío que el niño que había nacido no era suyo. Entonces se separaron. Mi madrina se vino a acá, a Tizapán, San Ángel, con sus hijos. Quería traerme a mí... entonces le dijo mi tío: “a Carmen no te la llevas porque no es tu familia”. Entonces me quedé sola con mi tío. Entonces, no sé cómo supo mi mamá que estaba sola con mi tío y me pidió prestada con mi tío. Mi tío se volvió más alcohólico. Yo creo que pensó en mí, que me dejaba sola, entonces me dejó ir con mi mamá.

VII

Pero, ¡triste sorpresa!, que mi mamá tenía otros dos hijos más y luego estaba arrimada con una señora que se llamaba Virginia.

La señora tenía tres nietos; su hija había fallecido. La señora no tenía más que la ayuda del papá del niño que tenía un Café de Chinos en calle de Dolores. Pero también era cartomanciana, pero era muy poca la ayuda de la baraja que le llegaba, las pocas veces que le llegaba.

Era pequeña la vivienda para ocho personas que la habitábamos. La alimentación... no recuerdo tocante a la alimentación; lo que recuerdo es que mi mamá ganaba 50 centavos de sueldo en un Café de Chinos, mas no sé si le daba alguna ayuda económica de dinero de mi mamá.

Capítulo 2: El padrastro

I

No recuerdo [cuánto] tiempo pasó de que yo estuve en esa casa de la señora Virginia cuando, de la noche a la mañana, nos fuimos a un cuartito sin cocina en una vecindad muy grande. Recuerdo que pagaba ocho pesos. Se iba a quedar un señor que se llamaba Luis, que era su pareja de mi mamá. Al principio no me molestaba cuando él se quedaba a dormir en la noche, mientras mi mamá se iba a trabajar. Nos quedábamos solos con él, mi hermano como de un año, mi hermana de no sé cuántos años y yo como de once años. Mas el señor no molestaba para nada.

II

El señor dormía en la noche y se iba en la mañana a trabajar. Yo hacía mi quehacer, a gusto; me dejaba 50 centavos para la comida y me iba a Tepito a comprar mi mandado para que me alcanzara el dinero, porque sólo tenía 50 centavos para comprar 'lejía' para lavar la ropa y también 'congo' para pintar el suelo que era de madera y mis cajones de madera, donde

acomodaba mis trastes y mi brasera que era para la comida para mi hermano. Yo no tuve pensamiento de niña al ser mujer. Yo me dejé llevar por lo que iba pasando y no pensaba en nada. Para mí yo iba viviendo lo que acontecía en el momento de mi niñez.

Y así, pasaba el tiempo. Yo iba creciendo...

III

Entonces salió embarazada mi mamá. Entonces me decía que se sentía mal y me mandaba a trabajar en su lugar. Mi mamá me mandaba al Café en su lugar porque se sentía mal con su embarazo. Era galopina. Tuve que lavar trastes.

Y llegó el momento de dar a luz, a un niño que fue el hijo del señor Luis. Pasó un pequeño tiempo y tuvo que regresar a trabajar al Café y yo tuve que hacerme cargo del niño que había nacido.

IV

Así pasaba el tiempo. Yo empecé a tener cuerpo de adolescente, pero yo me sentía todavía niña y hacía cosas todavía de niña. Para ese tiempo...

no recuerdo muy bien si ya había nacido mi hermano Camilo... pero empiezo a recordar, que cuando me fugué, por primera vez del tribunal, ya había nacido mi hermano. Para ese tiempo ya empezó a ir a dormir su papá de mi hermano. No recuerdo cuándo me empezó a molestar...

Pero el papá del niño siempre llegaba a dormir y empezó a estar molestándome; me empezaba a querer jalar las cobijas. Eso pasaba porque mi mamá llegaba a las tres de la mañana del trabajo. Entonces me empezó a molestar... Al grado que me tuve que ir a dormir al zaguán de la vecindad porque me daba miedo que me violara. Esperaba a que mi mamá llegara de trabajar -llegaba como a las tres de la mañana- para quejarme de su pareja. Salía peor, porque me regañaba porque decía que lo que pasaba era que yo no lo quería entonces que él *no* molestaba. Y así pasaba el tiempo. Yo era casi una señorita y ya empecé a tener novio. Y éste empezó, otra vez, a estarme molestando más seguido.

V

Tuve que buscar dónde irme. Pensé en un hermano de mi papá y le pedí ayuda para ver si me recibía. Él ya estaba con dos hermanos míos y luego yo, con una boca más que mantener y también tenía hijos, más su esposa. Entonces era una alimentación muy pobre. Así estuve yo, no sé cuánto tiempo, hasta que un día le dije a mi tío que quería trabajar, y se enojó tanto que me corrió de su casa y también a mi hermanito Fidencio.

VI

Entonces tuve que regresar con mi mamá y con mi hermanito Fidencio. Pero ese señor Luis me seguía molestando y yo le daba de patadas para que no me siguiera molestando. Pero entonces empecé a pensar en mi novio... que yo me quería ir con él. Entonces se lo propuse y me dijo que no podía, que era hijo de familia y todavía estudiaba, que él no tenía con qué mantenerme y él no se podía hacer cargo de mí. Entonces le dije que yo me ponía a trabajar. Entonces se alejó ya no lo volví a ver... por un tiempo.

Capítulo 3: El baile y Enrique

I

Como regresé con mi mamá un poco más rebelde, empecé a irme a meter al baile. Un muchacho me invitó a bailar en el Salón México. Yo lo veía a lo lejos. Pero vino una oportunidad; lo vi que no estaba su novia y me fue a sacar a bailar pero como yo no sabía a bailar, dejó de sacarme a bailar. Él era Enrique, el papá de mi hijo y mi primer novio formal.

II

Esto que me pasó, fue antes de que fuera al tribunal. Ya empecé a recordar cómo conocí a el que fue el padre de mi hijo, que al final fue mi esposo, después de 40 años, porque tuve a mi pareja después de él, cuando yo ya tenía a mi hijo...

A Enrique lo conocí una vez que acompañé a unas muchachas a un teatro que había en Calle de Regina. Enrique era fotógrafo y nos andaba sacando fotos y lo empezamos a chulear: “¡Güerito, güerito!”, “¡escuincas locas!”, nos dijo. Se enojó y ya no volvió a pasar por ahí.

Salimos del teatro, éramos cuatro muchachas, y empezamos a andar vagueando en el centro. Ya eran como las cinco de la tarde. Entonces, dijo una: “vamos al Salón México”, y les pregunté: “¿qué es el Salón México?”, que es para bailar, dijeron. “¿Y dónde está?”, “ahí por Teatro Margo”, “no, ahí no puedo ir, porque mi mamá trabaja a la vuelta y me conocen muchas personas y no le vayan a decir a mi mamá”, “vente, no te va a pasar nada”, y me jalaron pal’ salón México.

Ya adentro estuve un ratito, y les dije: “ya me voy”. Había unas escaleras, no muy altas. Bajaba yo, ¡y subía Enrique! Iba con su novia, agarrados de la mano. Me ve, sorprendido, y yo medio parada y me le quedé viendo, y me dije: “éste es güerito del teatro”.

Por eso, cuando me llevaron al tribunal ya me conocía y me gustaba. Por él, yo seguía yendo al baile. Pero me sacó una vez a bailar y, como vio que yo no sabía bailar, no me volvió a sacar a bailar, porque no sabía bailar nada.

III

Entonces había un muchacho al que yo le caía bien y bailaba conmigo de vez en cuando, entonces le pedí que me enseñara a bailar y le pagaba. Y me estuvo enseñando. Y aprendí rápido a bailar pero él, Enrique, no se dio cuenta que yo ya sabía bailar.

Cuando venía Enrique entonces yo corría a sacar a bailar a otro güero, Héctor. Entonces se dio cuenta que ya sabía bailar. Entonces cada vez que venía a sacarme yo corría a sacar al güero. Y así, pasaba el tiempo hasta que me fue a buscar a mi casa. Como conocía a mi hermano, lo vio y le dijo que me hablara, que me esperaba en la esquina de la calle Sol. Y yo salí a verlo y me dijo que por qué ya no quería bailar con él, “pues tú me ignorabas”, le dije.

Entonces me sacaba a bailar más seguido y empezamos a platicar con más confianza y yo ya no lo veía con su novia. Entonces nos hicimos novios. Yo era feliz. Era mi primer novio formal. A veces nos veíamos dos, tres veces a la semana. Nos sentábamos en una banca en un parquecito que estaba en Pedro Moreno y Santa

María La Redonda que hoy es Lázaro Cárdenas. Pero ni siquiera la mano me agarraba; era muy penoso conmigo. Así era hasta su muerte: no sabía cómo comportarse ante una mujer, era muy serio.

III

Ya no iba mucho a bailar. Pero entonces Luis, mi padrastro, me estaba molestado más seguido y yo me quejaba con Enrique, y él me decía que me fuera con un familiar. Y así transcurrió el tiempo. Pero yo no tenía a dónde ir, “mejor me voy contigo”, le decía, y me dijo: “yo, hijo de familia, no tengo trabajo... ¿con qué te voy a mantener?”, entonces le dije: “yo puedo trabajar”. Y él no quería. Yo me enojé y ya no lo vi en varios días. No recuerdo cuántos días pasaron... Me mandó a hablar y me dijo “Ya lo pensé. Tendrías que trabajar para poder medio vivir y yo también trabajar. Mañana vengo por ti cuando ya tu mamá se vaya a trabajar”.

IV

Entonces cuando se fue mi mamá yo salí con una bolsita de papel con unos vestidos ya para irme con él. Él se asustó y me dijo: “yo soy hijo

de familia”, “pues lo siento pero yo me voy contigo”. Y no le quedó de otra más que llevarme a un hotel barato en la Calle Perú. De ahí no salimos y todo hasta que nos corrían del cuarto sin comer en todo el día. Nos salimos del hotel y me decía: “ahorita vengo, voy a conseguir dinero”. Y volvíamos al hotelito a estarnos todo el día sin comer.

Pero un día se salió temprano: “Yo voy a conseguir trabajo, ¿cómo vamos a seguir así?!”. Así consiguió trabajo en un billar, pero ganaba muy poco. Entonces conoció a unos muchachos y como Enrique tenía muy bonita voz consiguieron un bongó y unas maracas y se iban a los Cafés a cantar, y con eso me mantenía, pero con una mano adelante y una atrás. Pero yo así era feliz. Pero pasaba el tiempo y yo con mi embarazo adelante.

V

En ese tiempo nos cambiamos a un hotel entre Belisario y Allende. En ese tiempo ya trabajaba; bajaba los instrumentos de unos músicos que tocaban en un cabaret que se llamaba ‘Waikiki’ que estaba en Reforma. Y lo último que

recuerdo, lo invitaron a Enrique a una fiesta ahí, en Madereros, allá por Chapultepec, para un amigo. Se bañó, se arregló y le dijo a un amigo: “te llevas Carmen”. Nos dejó la dirección de la casa. Según yo me arreglé con los hilachitos que tenía. Y así fue que llegamos a esa casa. La sorpresa que llevamos: estaba ahogado de borracho, tirado en el patio de la vecindad. Nos dijeron: “báñenlo” y así lo hicimos. Tuvimos que bañarlo y vestirlo. Tuvimos que tomar un coche para que nos llevara al hotel. Con trabajo lo subimos hasta el cuarto piso. Lo desvestimos y lo acostamos. Entonces me empezó a decir cosas Manuel -se llamaba así el muchacho. Yo en el baile cuando bailaba lo notaba medio afeminado pero no le deba a ese hecho. Me empezó a decir: “Carmen, ¿qué vida te espera con Enrique? Seguir viviendo de esa manera... Yo te propongo casarme contigo y darle mi nombre a lo que venga. Ahorita te llevo a mi casa y le digo a mi mamá que lo que traes es mío”. Y yo tomé una decisión: “sí me voy contigo”. Pero Enrique estaba oyendo y yo, pensando que estaba dormido. Entonces salimos del cuarto, ya íbamos cerca de la escalera. Entonces me gritó:

“¡Carmen, regresa!”. En lugar de regresar, corrimos. Y atrás de nosotros, Enrique. Como lo habíamos desvestido, estaba desnudo totalmente. Y así iba, atrás de nosotros. Hasta la planta baja, nos detuvo la policía. Manuel, bien asustado. En seguida detuvieron a Enrique. Un policía le puso su chaqueta para taparlo y llevarnos a la Delegación policiaca.

Me recuerdo que nos llevaron ante un juez. Le dijo a Enrique: “pero amigo, ¿por qué bajó desnudo correteando a esta pareja?”, “¡No es su pareja, es mi mujer, y se la quiere llevar este joto!”

VI

Después ya no recuerdo qué pasó. Estos días empecé a recordar... Iba con Enrique al Cine Mundial. Ahí en el Cine Mundial que estaba en Corregidora y Jesús María, me pasó que se reventó algo en mí que parecía que estaba haciendo de la pipí. Nos salimos del cine. Ya no daba de lo que pasó... Hasta ahí recuerdo lo que pasó.

Capítulo 4: Mi embarazo y parto

I

Me vino una laguna mental muy fuerte hasta que iba atravesando el zócalo. Una señora me regañó porque iba tan zanca. Recuerdo que nomás tenía dos o tres vestidos; yo creo que me salí con lo que traía puesto. No sé si peleé con Enrique, no me puedo acordar de nada, nomás que iba atravesando el zócalo para ir al Café donde trabajaba mi mamá. Yendo al café, el señor que era chino y era el cocinero me dio un plato de caldo que me lo comí rápido... tenía mucha hambre. Ya entonces, empecé a ayudar a mi mamá a secar platos. Entonces me empezó a platicar que le habían quitado el cuartito que teníamos y que estaba arrimada con una señora que se llamaba Angelita.

II

Angelita tenía una niña chiquita y una hermana. No tenía marido, pero el papá de la niña le daba una ayuda económica, pero también se ayudaban porque vendían en un mercadito que ponían en la Calle de Luna de la

colonia Guerrero, de legumbres. Ya cuando estaba en su casa, yo les iba a ayudar a vender.

III

Yo recuerdo que a mí me pasó en mi parto. Ya estaba, me decían, que tenía un tumor. Yo no me daba cuenta que estaba embarazada hasta que estábamos en su casa y ella le dijo a mi mamá: “Mari, Carmen está embarazada”. Mi mamá nunca me dijo, pero no me hacía caso, hasta un día empecé a sentir dolores en mi estómago y le dijo la señora Angelita: “no se apure, son pasajeros esos dolores”, pero la señora me bañó y me llevó al hospital.

Recuerdo que no pasó mucho tiempo, un día empecé a tener dolores muy fuertes y le dije a mi mamá que me sentía mal y me dijo: “son dolores que dan”. Entonces, oyó Angelita y le dijo: “no”. Todavía me faltaba, entonces Angelita puso agua para que me bañara para llevarme al hospital de la mujer que estaba en Avenida Hidalgo y me recibieron y me quedé hasta que llegó el mero bueno.

IV

Llegó la hora y yo no sabía de nada, cómo era un parto. Estaban muchos estudiantes a mi alrededor, me daban las explicaciones, pero a mí me daba vergüenza. Tuvieron que llamar al mero doctor. Me tuvo que regañar fuerte porque el niño se va, y tuve que hacer lo que me ordenó. Y sí, mi hijo nació morado.

V

Cuando nació, nació casi morado y cuando me lo llevaron a mi cama, lo blanco y tan bonito... le dije: “ese niño no es mío”. Y dijo la enfermera -que vio el número que tenía-, me dijo: “sí es tuyo”. ¡Un gusto que me dio! Era muy blanco. Pero entonces ya me habían dado de alta y mi mamá nunca apareció, ni Angelita.

VI

Pero ¡mi sorpresa! Vi venir a su papá de mi hijo, que ya iba por mí al hospital, a la casa de su abuelita que estaba en Donceles y Allende. Me recibió su abuelita del papá de mi niño. Entonces vino otra situación diferente en la que había vivido con Enrique. No llevaba ropa, nada con qué cambiarme. Me compraron una ropa

muy larga que me quedaba hasta los tobillos y unas alpargatas, y ése era mi vestuario. Y, para acabarla de amolar, Enrique ya no se aparecía para nada en esa casa.

También vivía una hija de su abuelita de Enrique que se llamaba Petra y trabajaba en una cantina haciendo el aseo. Ganaba muy poco, y la abuelita de Enrique la mantenía a ella y a su hijo y le pagaba su departamento y le daba para comer. Pero él era casado y tenía hijos y no le alcanzaba. Entonces era muy poca la comida que hacía la abuelita de Enrique. Su hija ganaba muy poco. Me llevaba cortes de jamón para darme de comer; Petrita me decía: “Cómo no aparece Enrique para que puedas comer, ¿estás criando al niño!”, “Enrique no se aparece para que te traiga algo de comer porque estás muy débil”. Pero él no se aparecía. Y, para el colmo de mis males, llegó el hijo de su abuelita de Enrique y me vio y preguntó que quién era yo y dijeron que yo era una criadita que le había pasado su fracaso. Y eso me dolió mucho... Lo dijeron por no decirle que era su mujer de Enrique, quizá por miedo a que se enojara.

VII

Entonces decidí salirme de la casa. No sabía a dónde iba, nomás recuerdo que iba con una muchacha viviendo en un departamento con mi niño en la Calle de Allende a la altura de la Lagunilla Y no me acuerdo más. Yo creo que tenía una anemia muy fuerte. Y no me acuerdo más de ese episodio. Y de repente ya estaba viviendo con su papá de mi hijo. Cómo volvimos, no sé, no me acuerdo... Lo que recuerdo fue que me llevó a conocer a su mamá para que conociera a su nieto.

Capítulo 5: El tribunal y el rapto

I

Mi mente se aclaró. Vinieron a mi mente. Yo había narrado acontecimientos para ponerlos en orden, que yo había vivido con el papá de mi hijo. Esto que contaré fue antes de esos hechos, fue antes...

II

Antes de que me fuera con el papá de mi hijo me hice una muchacha incorregible a causa de mi padrastro porque no dejaba de molestarme. Entonces, yo conocía el Salón México. Pero ya no iba tanto porque me pegaba mi mamá. Pero, al ver que mi padrastro me seguía molestando varias veces, me quejé con mi mamá. Mi mamá siempre me decía que lo que pasaba era que yo no lo quería y no me creía. Entonces pensé en irme al salón México a bailar para dar tiempo a que mi mamá saliera de trabajar del Café, que era como a las tres de la mañana. Yo salía del Salón como a las dos de la mañana y la esperaba en la entrada de la vecindad, pero por dentro, hasta que llegaba mi mamá y me regañaba que porque era una mentirosa.

Entonces yo seguí yendo a bailar. Entonces se quejó mi mamá con alguna compañera en el trabajo, que porque yo no entendía. Entonces le ha de haber dicho que me metiera al Tribunal de menores para que yo entendiera. Entonces me sacó del baile con un policía para llevarme al Tribunal de menores y ya me quedé.

III

No recuerdo cuánto tiempo estuve sin pensar en fugarme. Pienso yo que, al principio quería adaptarme, quedarme ahí, adaptarme al sistema del tribunal. Yo veía que salían a estudiar y yo quería para mí la escuela para que me dejaran salir a estudiar. Pero pasaban los días y pasaban los días y yo no veía ningún movimiento, que nos dieran clases de nada. Me empecé a aburrir. Lo único era que teníamos que jugar juegos de niños; eso no me gustaba a mí. Y luego, empecé a pensar en el baile, en Enrique, mi novio, entonces me entró la nostalgia por el baile y por mi novio.

Entonces empecé a buscar por dónde fugarme y no encontraba dónde podía salir. Entonces pensé que por la azotea, entonces tuve que

buscar por dónde estaba la escalera. Yo creo que no estaba a la vista, pero yo la encontré. Así fue cómo me subí a la azotea, sin pensar que me podía matar o que quedar lisiada para todos los días de mi vida. Yo salté al vacío y caí sentada, pero antes me quité los zapatos y me los amarré en el cuello.

IV

En eso venía un camión y le hice la parada. Me subí descalza. Entonces venía un joven y me preguntó qué me pasaba. Sin pensar le contesté que mi patrona no me dejaba salir y que me habían avisado que mi mamá estaba grave, por eso tuve que salir a escondidas de mi patrona, por eso me había colgado los zapatos. Entonces me dijo el joven: “señorita, estoy por terminar mi profesión de medicina y puedo ayudar a su mamá”. Entonces pido la parada para bajarme y me sigue el muchacho y me dije: “y ahora... ¿qué hago?” Entonces me acordé que conocía a una familia en la vecindad de Geranio. Y como el joven venía atrasito de mí, me volteé y le dije: “mira, ya llegamos, aquí vivo. Espérame a que yo te salga a avisar”. Entonces yo me metí a la vecindad y con unos vecinos que conocía

cuando vivíamos ahí. Les toqué, ya me conocían. Me abrieron y les platiqué mi situación en la que estaba. Como esa familia vivía en un departamento grande, con unas ventanas que daban a la calle, así veíamos cómo estaba el joven parado, esperando que yo saliera a darle alguna noticia sobre el estado de mi mamá, de cómo estaba de salud. Pero yo me sentía mal de haberle mentido al joven.

V

No recuerdo si yo me quedé en esa casa, pero sí me acuerdo que salí de la vecindad y me fui a la casa de mis amigas Lola y María Luisa. Yo les platiqué que me había fugado del tribunal y que no podía regresar con mi mamá porque me iba a volver a llevar al tribunal. Así que me quedé en su casa. Entonces empezamos a buscar trabajo y encontramos trabajo en un Café de Chinos en Santa María La Redonda, que ahora es Lázaro Cárdenas. El Café estaba entre Pedro Moreno y Magnolia, Colonia Guerrero. Sin requisitos nos dieron el trabajo; a Lola le dieron trabajo de mesera porque era más grande, tenía como 20 años, y yo muy chica, entre 13 ó 14 años. Entonces le dieron a ella el trabajo de

mesera y, a mí, de galopina. Yo tenía que lavar trastes. Duramos muy poco tiempo; yo ganaba 50 centavos y mi amiga muy pocas propinas. Como había varios Cafés de Chinos tenían muy poca clientela. No recuerdo quién nos dijo que en la Calle del Carmen necesitaban mesera y galopina. Entonces nos dirigimos al Café del Carmen para presentarnos con el dueño del Café, para ver si nos daba el trabajo y nos dijo: “¿se pueden quedar desde ahorita?”, y les dijimos que sí y ya nos quedamos a trabajar.

VI

Una vez me iba a buscar a mi amiga María Luisa para sonsacar a un enamorado que tenía, que era estudiante de medicina, para que nos sacara a pasear y nos invitara a tomar cerveza. Como mi amiga no lo quería nos escondíamos del muchacho para ya no andar con él y andar solas.

Sin prevenir los peligros que existen dondequiera, hicimos amistad con unos de tránsito y nos subimos a sus lanchas que tenían en Chapultepec. Me acuerdo que ya tenían a una muchacha en la lancha y me fijé

que tenían unos cartones de cerveza. Pero no pensamos nada malo; íbamos pasando y nos subimos a la lancha. Iban tres muchachos de tránsito y la muchacha, y luego, los cartones tenían mucho peso. Y se volteó la lancha, entonces caímos todos al agua y quedamos empapados. Entonces alguien sugirió que nos fuéramos a secar la ropa a la isleta. Pero empezamos a pensar ya mal de ellos... tuvimos que correr por diferentes lados; unas corrimos por una lado, y yo, por otro. Yo me acuerdo que corrí al lado de la orilla del lago y les pedí auxilio que nos ayudaran por favor. Pasaron unos novios que venían en la orilla y me ayudaron a bajar a su lancha y fue como me salí de ese trance.

VII

Yo seguí quedándome en la casa de mi amiga Lola. No recuerdo cuánto tiempo pasó, pero un día que estábamos trabajando le fueron a decir a Lola que, a su hermana María Luisa, su novio la había vendido a una Casa de Citas. Entonces me dijo: “Carmen, ¿me acompañas cuando salgamos del trabajo?”, y yo le dije que sí. Cuando salimos, nos dirigimos a la Calle de

Moctezuma, con Santa María la Redonda, Colonia Guerrero. Entonces Lola me dijo: “espérame aquí”. Me acuerdo que era una casa muy particular. Se metió y duró un buen rato dentro de esa casa; al poco rato ya salía con María Luisa. Entonces caminamos para salir a Santa María, pero en ese momento nos alcanzó una moto-patrulla. Se dirigió a Lola y le preguntó: “¿para dónde van?” Lola le contestó: “para la calle de Héroe, en la misma colonia Guerrero”, “las llevamos”. Nos subimos las tres. No recuerdo bien cómo cupimos en esa moto patrulla, si éramos tres. Hasta ahora no me explico cómo cupimos tantas personas...

La casa de Lola era rumbo a Manuel González, que ahora es Tlatelolco; pasan Manuel González y agarran Calzada de Vallejo. Entonces empezamos a desconfiar de la policía; ya habíamos pasado el domicilio dónde vivíamos. Entonces le dijo que ya se habían pasado y le contestó uno de ellos que iban a dar la vuelta para agarrar la calle donde vivíamos. Pero no fue así. No sabíamos a dónde nos llevaban; entonces torcieron para Insurgentes para llegar a los Indios Verdes. Me acuerdo que subieron

como una vereda. Ya arriba nos dijeron: “¡bájense!” y bajamos y yo corrí hacia una colina y les dije que yo me iba a aventar de la colina. Entonces María Luisa les suplicó a los policías que a su hermana y a Carmen, que nos respetaran porque su hermana había tenido su bebé hacía poco y yo era señorita y, como estaba en su casa, iba a saber lo que me había pasado mi mamá, y las iba a meter a la cárcel. Que ella se entregaría a ellos... no recuerdo si eran tres o cuatro. Así me salvé, por esa amiga tan noble que se entregó para salvarnos.

Capítulo 6: De regreso al tribunal y la correccional

I

Pero la mamá de mis compañeras dijo que mejor me iba a entregar a mi mamá porque mi mamá era capaz de meterlas a la cárcel. Y así, me entregaron con mi mamá. Entonces otra vez, lo mismo, el acoso de mi padrastro. Entonces yo, más rebelde. Pero no contaba que los agentes del tribunal ya me buscaban, porque sabían que tarde o temprano iba a ir al baile. Y así fue. Iba a entrar cuando me dijeron dos señores: “Carmen Arredondo, vas a regresar al Tribunal, porque te fugaste”.

II

No me acuerdo si me llevaron en coche o en camión. Llegamos al Tribunal y me entregaron a la celadora que estaba en turno de la tarde y me quedé. Pero faltaba que me viera la celadora a la que me le fugué. Ella entraba en la mañana. Así es que me faltaba lo más fuerte: la regañada que me iba a dar. Y con mucha razón, porque sus superiores tuvieron que llamarle la atención muy fuerte por no cuidar bien a las niñas a su

cargo. Entonces ya no me quedó más remedio que adaptarme ahí. Pero me faltaba que llegara la celadora a la que me le había fugado. Nos levantaban temprano a tender nuestras camas y a lavar el pedazo de piso que nos correspondía, a bañarnos y, en seguida, pasar al comedor a desayunar. Terminando de desayunar salíamos al patio a jugar, cosa que a mí no me gustaba. En eso estábamos jugando cuando llegó la celadora a la que me le fugué. Y me habla y me dice: “creías que no ibas a volver aquí...”. Y yo, calladita, no le contesté nada. Estaba en todo su derecho, como era responsable de todas las niñas a su cargo. Entonces me mandó rapar, entonces al verme pelona ¡ya no pensé en fugarme! Entonces, me dije: “ya pórtate bien, para que puedas salir a estudiar a la calle”. Entonces empezó a estar mi espíritu tranquilo de verme pelona; no quería que nadie me viera, y menos Enrique. Así que decidí meterme a la cocina a ayudar, para no pensar en nada. Así estaba entretenida en algo. No recuerdo cuánto tiempo pasó.

III

Pero recuerdo que un día llegó mi mamá a verme y no me conocía porque ya había engordado mucho. Pero mi mamá iba con un muchacho; a ese muchacho ya lo había visto una o dos veces, porque su mamá del muchacho tenía un negocio de billetes de lotería. Entonces mi mamá estaba preguntando por mí y me parece que la cocinera le dijo: “está junto a usted”. Volteó: “mira cómo estás gorda”, eso fue todo lo que me dijo. No dijo otra cosa. Entonces vi al muchacho junto a ella, entonces me dice mi mamá: “este muchacho viene porque se quiere casar contigo”. Entonces que me enojo: “¿qué te pasa?!” y más palabras que no recuerdo muy bien. Lo que sí recuerdo es que me di la vuelta y los dejé ahí parados. Pero pienso que quería que yo no estuviera encerrada y solamente así, casada, salía. A ella no me podían entregar porque, como trabajaba, no podía estar al pendiente de mí y, también, por mi padrastro. Y también como vivíamos conforme a lo que los del Tribunal vieron, menos tenía yo posibilidad de salir. Así que me metí a la cocina para ayudar y así no pensar en nada.

IV

Pero no sabía que me iban a pasar a la Correccional. Pero llegó el día... Llegó una camioneta, entonces me dijeron: “¡Carmen, súbete a la camioneta!” No dije nada, me subí. Salimos de Serapio Rendón y Artes. Yo no sabía nada, a dónde me llevaban. Llegamos a la Correccional pero yo todavía no sabía dónde estábamos. Entonces me subieron al segundo piso. ¡Cuál sería mi sorpresa al encontrarme a mi prima, Margarita, hija de una hermana de mi papá! Pero sí me dio gusto al verla, porque era mi prima y no me sentía tan sola. Nos encontramos en el área que era del segundo piso para pasar a revisión con los doctores y pasarnos al grupo que nos tocara. Pero se atravesaba el cinco de febrero y era día festivo, entonces, lo atrasaron para otro día.

V

Entonces me empecé a dar cuenta de lo que acontecía en ese lugar, que había talleres. Me dije para mí: “eso me gusta, porque voy a aprender algo”. Eso fue el primer día de mi llegada a la Correccional.

Pero me empezaron a llegar recaditos que decían: “quiero que seas mi pastilla”. Entonces le pregunté a mi prima que qué era pastilla. Que eran dos mujeres *que se quieren*. Entonces ya no me gustó. Pero me acuerdo que, cuando salí al pasillo -no sé si era barda o barandal- me asomé para abajo y vi muchachas besándose con otras muchachas y menos me sentí a gusto.

VI

Pero ya sabía de la fuga que tenían planeada, entonces le dije a mi prima que yo me quería fugar con ellas, con otra muchacha que era María de Jesús. Entonces ya éramos tres.

Así llegó el día de la fuga: un cinco de febrero de, no recuerdo qué año... No sé si ellas hicieron un boquete en la alambrada de la ventana. Ahí amarraron unas sábanas para deslizarnos por las sábanas y así llegar a la parte trasera y había que brincar una barda de alambre que daba a la calle. Pero mi prima, más inteligente, dijo: “yo primero”. Entonces me dijo a mí: “préstame tus zapatos, que no tienen tacón”. Entonces me los quité y se los di. Se puso mis zapatos y los de ella se los amarró en el cuello,

colgados. Entonces ella se deslizó primero y cayó bien. En seguida se vino por las sábanas María de Jesús. Entonces hizo mucho ruido al caer porque se movieron las hojas de unos arbolitos y yo me asusté mucho porque no fueran a descubrirnos...

VII

Sin pensar que me podía lastimar me aventé y caí mal porque me pegué en la cabeza muy fuerte y me quedé privada, sin sentido. Al verme, mis compañeras sin sentido, yo creo que asustaron y se fueron, y me dejaron tirada, sangrando mucho de la cabeza. Y no sé cuánto tiempo estuve sin sentido pero, en cuanto volví en mí y me levanto y corrí donde estaba la barda. No recuerdo cómo fue tan rápido que la brinqué.

VIII

Yo recuerdo muy bien que atravesé un jardín muy grande, sangrando y descalza. En ese jardín venían en sentido contrario una pareja de novios y como me vieron sangrando de la cabeza, el muchacho sacó un pañuelo de su

bolsillo y me lo amarró en la cabeza pa' que no sangrara más.

Caminé sin rumbo, no sabía dónde me dirigía. Yo caminaba sin rumbo pero sabía que tenía familia y que estaban por esos rumbos, pero no sabía en qué lugar vivían. No sabía dónde vivía mi familia y yo, camine y camine sin rumbo fijo...

IX

Por el momento estaba muy golpeada de la cabeza. ¿Cuál era la ubicación donde vivía mi madrina, mi tía...? Eso es algo que hasta ahorita me pregunto. ¿Cómo llegué a ahí...? Pienso yo que Pienso yo que sólo pudo haber sido por mi Santo Ángel de la Guarda.

Lo que sí recuerdo muy bien (aunque no recuerdo muy bien desde dónde) es que me empezaron a seguir dos hombres. De repente caminé un poquito aprisa, pero iba descalza y no podía ir aprisa. En un momento sentí que me agarraron de los brazos, uno de un brazo y el otro del otro brazo. Y me jalan a una zanja, y empiezo a gritar queriendo zafarme de que me

tenían sujeta. Pero en eso oí que les decían: "¡suéltela!", y algunas otras palabras fuertes. Y me soltaron y corrieron. Era un matrimonio, entonces el matrimonio -yo creo- me preguntaron que por qué andaba por ahí y por qué tan noche. Yo pienso que les dije que me había fugado de la Correccional y que yo buscaba a mi madrina, pero que yo no sabía dónde vivía. Pienso que me preguntaron su nombre y yo les dije su nombre, "Clemencia Muñoz". Yo creo que ya la conocían y me llevaron con ella y me quedé a vivir en la casa de mi madrina. Por un tiempo...

Epílogo

Hoy vivo en el asilo que se encuentra a unos metros de la correccional. Anteriormente me habían dicho que la correccional se encontraba en la Avenida Revolución, colindando con Tizapán, pero unas personas me dijeron que no, que la correccional había estado a la altura de Periférico en Avenida Toluca y Avenida México. Entonces, fui a investigar, a ver si había estado la correccional. Me dijeron que sí, que había estado ahí la Correccional. Ahora es la delegación de juzgado y cárcel para los pequeños infractores. Pero yo quiero saber si me fugué a lado sur, o por el lado norte o poniente u oriente, para ubicarme por dónde caminé o qué rumbo tomé...

Conclusión

¿Qué he aprendido del taller?

Que me gusta mucho, porque he aprendido a ser mi otro yo; que puedo desahogar todo lo que he pasado, desde que tuve cinco años de edad, lo que recuerdo de mi niñez... Sí recordaba, pero para mí y ahí se quedaba. Pero ahora puedo escribirlos y desahogar mi alma. A veces he atravesado por lagunas mentales, porque yo estaba muy mal alimentada, eso pienso.

Yo he aprendido mucho de este taller, para mí la persona que nos ayuda más, para mí es mi Maestra, Ángeles. Es una persona que el Padre del Cielo nos puso aquí, en nuestro asilo. Yo la aprecio muchísimo, es una persona con mucha paciencia.

Yo pienso que al escribir estoy sintiendo que mi vida ha tenido un hermoso recuerdo, a pesar de todo lo que pasé, a pesar de una pobreza muy fuerte. Pero yo nunca sentí esa pobreza, yo la vivía y nada más.

Texto resultado del Taller DEMAC *Para las mayores que se atreven a contar su historia*, Ciudad de México, enero-julio 2015